

Una vida al servicio de la Universidad

José María Bastero de Eleizalde
Rector de la Universidad de Navarra

Multa et pulchra, podríamos decir, han sido las cosas que hemos escuchado de labios de quienes fueron testigos de excepción de la vida del Profesor Álvaro d'Ors, maestro enamorado de la institución universitaria, y muy particularmente de ésta de Navarra, a la que se incorporó en 1961 como Profesor Ordinario de Derecho romano y Bibliotecario General. Y *multa et pulchra* serán las cosas que, con el tiempo, se escribirán de este jurista que supo descubrir a tantos discípulos y millares de alumnos la «grandeza y la servidumbre del oficio universitario» (*Papeles del oficio universitario*, Madrid 1961, pág. 15).

Fue don Álvaro uno de los primeros profesores que, con un prestigio internacional consolidado, apostó, no sin sacrificio personal, por esta aventura de libertad y ciencia que es la Universidad de Navarra. Daba esta institución por entonces sus primeros pasos al ritmo de un puñado de jóvenes profesores, a quienes nunca faltó ilusión y entusiasmo. Don Álva-

ro se adaptó rápidamente a esta nueva situación, en la que brilló por su espíritu de servicio. Fue, en efecto, profesor de Derecho romano en la Facultad de Derecho, pero también de Derecho civil, cuando hizo falta. Enseñó además en la Facultad de Derecho Canónico, en la Facultad de Filosofía y Letras y en la Escuela de Bibliotecarias. Le gustaba comentar, entre bromas y veras, que, a lo largo de su vida, había tenido la impresión de que su misión era la de sustituir a otros. Lo ejemplificaba diciendo que en el equipo de fútbol de su colegio no pasó de ser 'suplente' y que, al final de su vida docente, disfrutaba siendo el 'sustituto de su adjunto'.

A don Álvaro debemos, pocos lo saben, la bella versión adaptada del *Gaudeamus igitur* que entonamos en nuestras solemnes ceremonias de investidura de nuevos doctores *honoris causa*, pero también unas *Experiencias para el Servicio de Mantenimiento y Limpieza de la Universidad*.

En efecto, durante una larga temporada, a finales de los años ochenta –yo trabajaba entonces en la Escuela de Ingenieros de San Sebastián–, cuentan que se veía a don Álvaro cruzar la explanada a media mañana de los miércoles, en dirección al Edificio Central, concretamente al despacho de doña Mila Báscones, encargada del Servicio de Mantenimiento y Limpieza de los edificios de nuestro campus. El

cometido de don Álvaro no era otro que ayudarle en la redacción de unas experiencias que sirvieran de orientación a quienes vendrían después. Contaba Mila que un día, algo desanimada ante aquella tarea, le dijo: «Don Álvaro, esto es una tontería». Y el profesor d'Ors, con toda su *auctoritas*, le respondió: «Yo no empleo mi tiempo en tonterías».

No era ésta una frase trivial –nunca las dijo– ni tampoco una suficiencia; era, más bien, la expresión del valor que concedía a la ‘obra bien hecha’, sin duda heredado de su padre, de quien aprendió a contemplarla, y de san Josemaría, quien le enseñó a santificarla realizándola con amor de Dios.

El mismo año del nacimiento de don Álvaro (1915), Xenius concluía una conferencia con unas palabras que pueden servir para cerrar éstas mías: «Todo pasa. Pasan pompas y vanidades. Pasa la nombradía como la oscuridad. Nada quedará a fin de cuentas, de lo que hoy es la dulzura o el dolor de tus horas, su fatiga o su satisfacción. Una sola cosa, Aprendiz, Estudiante, hijo mío, una sola cosa te será contada, y es tu Obra Bien Hecha» (*Aprendizaje y Heroísmo*, en *Trilogía de la Residencia de Estudiantes*, Pamplona 2000, págs. 89-90).

Don Álvaro nos ha dejado la suya.